

ANTONIO MESTRE SANCHIS

Catedrático emérito de Historia Moderna
Universidad de Valencia

JOSÉ MARÍA LÓPEZ PIÑERO

Catedrático jubilado de Historia de la Medicina
Universidad de Valencia

CAVANILLES, UN VALENCIANO UNIVERSAL



STAMPING 91.098.1402



2004. AÑO DE CAVANILLES

**EL DIRECTOR
DE LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS**

Se complacen en invitarla a la Mesa Redonda que dentro del ciclo sobre: "Cavanilles, un valenciano universal", se celebrará el día 11 de Marzo, a las 19:30 horas, en la Sala Cavanilles del Centre Cultural de BANCAIXA, Plaza de Tetuán, 23, en la que intervendrán:

Sr. D. Antonio Mestre Sanchez, Catedrático Emérito de Historia Moderna de la Universidad de Valencia

Sobre el tema: "Cavanilles y el grupo Ilustrado valenciano"

Sr. D. José M^o López Piñero, Catedrático Emérito de Historia de la Ciencia de la Universidad de Valencia

Sobre el tema: "La obra científica de Cavanilles"

Colabora: **BANCAIXA**

Valencia, 11 de Marzo de 2004

CAVANILLES Y LOS ILUSTRADOS VALENCIANOS

Antonio Mestre Sanchis

Catedrático emérito de Historia Moderna
Universidad de Valencia

LOS ilustrados españoles no han gozado de buena fama. Para unos, los más amantes de la tradición, fueron los responsables de la unidad hispánica cuyo modelo eran las glorias imperiales con la deslumbrante floración literaria de los siglos XVI y XVII. Para otros, obcecados por la Ilustración europea, especialmente por la protagonizada por los *philosophes*, eran pobres de espíritu que no supieron amoldarse al nuevo espíritu de la modernidad.

Sin embargo, los méritos de los ilustrados fueron grandes. Ellos recuperaron –de hecho, fueron los creadores– el Siglo de Oro literario, y abrieron a los españoles el conocimiento del mundo moderno al tiempo que se esforzaron por ponernos al nivel europeo en la ciencia y técnica. Eso viene siendo aceptado a nivel español. Porque, de hecho, la expresión *Siglo de Oro* se consolidó entre la *Vida de Miguel de Cervantes* de Mayans en 1737 y los *Orígenes de la poesía castellana* de Luis José de Velázquez de Velasco en 1754. Claro que no todos pensaban de igual manera respecto al Siglo de Oro. Para Mayans, por ejemplo, el momento cumbre de la literatura castellana era el siglo XVI, de Garcilaso de la Vega a Fr. Luis de León. En cambio, para otros, la perfección máxima era el XVII con los nombres de Góngora, Quevedo o Calderón. Eran dos maneras de ver la belleza literaria, pero, en el fondo, un intento de recuperación de un pasado glorioso.

Lo mismo ocurrió en cuanto a la literatura valenciana se refiere. Unos ejemplos nos pueden clarificar la gran aportación de nuestros ilustrados. En 1736, con motivo de la redacción de la *Vida de Miguel de Cervantes*, primera biografía del genial novelista, encargada por el embajador británico en Madrid Benjamín Keene, Mayans buscó el *Tirant lo Blanch*. Lo citaba con elogio Cervantes en el *Quijote*, y como no encontró ejemplar alguno en la Biblioteca Real, solicitó información del canónigo José Castelví, hermano del austracista conde de Cervellón (exiliado en Viena), que poseía la mejor biblioteca de Valencia. La respuesta del canónigo Castelví fue muy clarificadora: “En orden a las noticias, que Vm. me pide del libro intitulado *Tirante el Blanco*, no tengo noticia de él, ni menos sé que esté en la librería; no obstante haré la diligencia, por si puedo satisfacer a lo que Vm. desea” (19-XII-1736). Dos correos des-

pués, el canónigo Castelví no lo había encontrado, “pues no estando en mi librería, he encargado a persona de mi satisfacción la diligencia; y de lo que resultare de ella, avisaré a Vm. inmediatamente que tuviere la noticia de lo que se hubiere encontrado” (2-I-1737). Es decir, el *Tirant lo Blanch* era prácticamente desconocido en Valencia.

Idéntico resultado en 1762 respecto a nuestros escritores en castellano. Voltaire había tenido una discusión con sus colegas de la Real Academia Francesa sobre la influencia de Calderón en Corneille. En el fondo, venía a centrarse en tres versos de la obra de Calderón, *En este mundo todo es verdad y todo es mentira*, que había copiado Corneille en su tragedia *Heraclius*. Por lo demás, el impresor ginebrino Gabriel Cramer, que hacía de intermediario, indicaba: “Los primeros dramas franceses que son verdaderamente algo hermosos están tomados todos de los españoles, al menos ésta es la opinión de monsieur de Voltaire; si vos tenéis la bondad de enviarle esta tragedia, él os será sensiblemente obligado si vos queréis añadir el *Cid* español de Guillén de Castro. Monsieur de Voltaire me encarga en pago ofreceros sus más humildes servicios y todo cuanto dependa de él”¹. Don Gregorio alegaba que, interesado en el teatro clásico greco-latino, apenas había tenido curiosidad por el teatro español. En consecuencia, movilizó a sus amigos y pidió a Sevilla, Madrid y Valencia unas obras de Lope de Vega y de Guillén de Castro sobre el Cid. En concreto, a Valencia pidió las “*Mocedades del Cid* de D. Guillén de Castro”, así como las “*Hazañas del Cid* de D. Guillén de Castro”. Pues bien, en Valencia no encontraron ningún ejemplar de las obras dramáticas de Guillén de Castro. Ese era, a mediados del siglo XVIII, el conocimiento de nuestra historia literaria, tanto en valenciano como en castellano, entre los grandes eruditos. Y no pongo más ejemplos, porque el interés de Mayans, historiador y foralista, por editar las grandes *Crónicas* medievales (Jaime I, Muntaner, Pedro el Ceremonioso...), quedaron en un fracaso, pues no encontró editor que se atreviera con la empresa. Quede como conclusión de estas reflexiones, el mérito de nuestros ilustrados por su interés en recuperar nuestra tradición literaria y cultural.

Por lo demás, hay un segundo aspecto que conviene tener presente para comprender la actitud historiográfica de Cavanilles. En el siglo XVIII hay una corriente, no sólo subterránea sino también abierta y pública, de apología de España². Esa línea ocupa todo el siglo, desde Feijoo a Sempere Guarinos y Forner, pasando por Campomanes o Cadalso. Pero también hay una línea crítica paralela. En principio, esta línea crítica no es antiespañola, sino que entraña la exigencia de que los apologistas se valgan de los verdaderos valores, en

¹ Cramer a Mayans, 28-XII-1761, en G. MAYANS Y SISCAR, *Epistolario XII. Mayans y los librerías*, edición preparada por A. Mestre Sanchis, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 1993.

² No voy a insistir en este aspecto por haber publicado recientemente un volumen sobre el tema, A. MESTRE SANCHIS, *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons; Valencia, Alfonso el Magnánimo, 2003.

este caso culturales, para defender el honor y las glorias de España. Como uno de los más acusados como crítico fue Mayans, me valgo de unas palabras suyas, escritas al P. Rávago, Confesor de Fernando VI y verdadero ministro de cultura, en que expresa el verdadero sentido de las apologías: “Vives escribió en un tiempo en que se renovaban las ciencias y todo cuanto decía en beneficio público se recibía bien. Yo escribo en tiempo en que las ciencias se ven renovadas en toda Europa y totalmente descaecidas en España, donde suele tenerse por política, introducida por hombres bien hallados en su ignorancia, no hablar de las cosas de la propia nación sino alabándolas. Si alabarlas fuera hacer las buenas y hacer creer su bondad a los extranjeros, yo sería el primero que las alabaría, pero disimular y aún autorizar la ignorancia y la superstición, y más quien está obligado a no tolerarlas ni permitir las, es ejemplo pernicioso”³.

En otras palabras, conviene tener en cuenta los verdaderos valores para hacer las apologías de España y de nuestra cultura. Esas apologías venían centrándose en tres grandes bloques: los orígenes del cristianismo en España (de ahí el interés por defender las tradiciones jacobitas), la grandeza del descubrimiento y colonización de América frente a las críticas europeas, y el valor de las aportaciones culturales hispanas a lo largo de la historia. En los tres campos intervinieron los valencianos. Martí, en un texto latino al marqués de Mondéjar (el gran defensor de la venida de Santiago a España) y Mayans en carta al nuncio del Papa en Madrid (Enrico Enríquez) censuraron las tradiciones jacobitas por falta de fuentes históricas rigurosas. Muñoz buscó por toda la península los documentos básicos sobre los descubrimientos y colonización de América, para responder a los ataques de Robertson y de Raynal, y creó el Archivo de Indias. Y Cavanilles salió en defensa de la cultura española en la respuesta a Masson de Morvilliers que en la *Enciclopedia metódica* había despreciado nuestras aportaciones a lo largo de la historia.

Este aspecto de la actividad intelectual de Cavanilles ha quedado oscurecido por sus aportaciones geniales a la Botánica. Pero, al menos entre nosotros, merece un breve recuerdo por responder a las preocupaciones intelectuales de nuestros hombres de letras del XVIII, de nuestros ilustrados, de cualquier tendencia política o religiosa que fuere. Esclarecer el mundo cultural y político en que se desarrolló nuestro botánico y el sentido de su apología de la cultura española será el objeto de mis palabras.

LOS ILUSTRADOS VALENCIANOS VISTOS EN ESPAÑA

Quizá pueda sorprender al lector no especializado la mala prensa de que gozaron los ilustrados valencianos. Iba a decir que tampoco hoy gozan de

³ Mayans a Rávago, 10-II-1748, texto en G. MAYANS Y SISCAR, *Epistolario VII, Mayans y Martínez Pingarrón /1*, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 1987.

muy buena acogida. Las razones de lo primero son relativamente comprensibles.

En la primera mitad del siglo XVIII las circunstancias políticas no eran favorables para una comprensión por parte de los gobiernos y de los grupos literarios de la Corte. La Guerra de Sucesión, en que la corona de Aragón luchó en favor del Archiduque pretendiente a la corona de España, hizo que, en general, los valencianos fueran mirados como peligrosos y rebeldes. Y en el campo cultural eran vistos con evidente recelo. Esa disposición negativa se agravó por el sentido crítico de los dos máximos representantes del movimiento intelectual valenciano en el campo de las letras, tanto de la filología como de la historia.

Manuel Martí, el deán de Alicante, fue una figura completa y de muchas aristas. En 1686 marchó a Roma, donde vivió diez años, agasajado en los círculos literarios por su viveza intelectual y por su brillantez en el dominio de la lengua latina. Miembro fundador de la Arcadia, era amigo íntimo de Gianvincenzo Gravina. Uno de los promotores de la apertura intelectual a las corrientes renovadoras de la vida cultural y religiosa, en contacto con el norte de Europa y que suscitó la enemistad de los grupos más conservadores de la Ciudad Eterna. Martí defendió a su amigo Gravina frente a las acusaciones provocadas por Mons. Sergardi, autor de unas *Satyræ* demoledoras contra las ideas del jurista napolitano. Por lo demás, Martí colaboró con el cardenal español Sáenz de Aguirre en la redacción de la *Collectio maxima conciliorum Hispaniae et Novi Orbis* (1693-94) y fue el artífice de la edición de la *Bibliotheca Hispana Vetus* (1695-96) que había dejado inédita Nicolás Antonio.

Una polémica por sus servicios entre el cardenal Aguirre y el duque de Medinaceli hizo que Martí solicitase un beneficio eclesiástico en España y el Papa Inocencio XII le concedió el deanato de Alicante. Su regreso constituyó una frustración para él, porque el ambiente español, tampoco el alicantino en especial, le sirvieron de consuelo, pues siempre añoró las conversaciones literarias de Roma. La compañía de los novatores valencianos, reunidos en el palacio del marqués de Villatorcas y de su hijo el conde de Cervellón atenuaron un poco esa nostalgia romana, pero ni las excavaciones del teatro de Sagunto, cuya difusión fue llevada a cabo por el cisterciense de san Mauro, Bernardo Montfaucon, ni la residencia en Madrid al servicio del duque de Medinaceli, ni posteriormente en la Casa de Pilatos en Sevilla, llenaron su vacío cultural. El deán de Alicante siempre manifestó un agudo sentido crítico sobre el nivel intelectual de los españoles. Así, censuró a las autoridades, a los políticos, a los eclesiásticos, en especial a los jesuitas que dominaban la enseñanza. Su pasión por el mundo clásico y las lamentaciones sobre el escaso interés por conservar los restos arqueológicos (teatros, anfiteatros, monedas, estatuas...) que daban testimonio de nuestro pasado fueron constantes. En ese sentido, hablaba del *malus Hispaniae genius*, refiriéndose a la actitud que no permitía el despegue intelectual de la nación.

Dada esa crítica y sus amistades, con el conde de Cervellón (exiliado en Viena por austracista) o el duque de Medinaceli que murió desterrado en Pam-

plona por Felipe V, hicieron del Deán un fácil blanco de la crítica. Así, después de la muerte del primer bibliotecario mayor de la Real Biblioteca, fue propuesto para el cargo, pero su candidatura fue rechazada porque le acusaron de ser “austracista y antijesuita”. Después de una breve estadía en Roma, el retiro definitivo en Alicante acabó amargando su vida y sólo la correspondencia con Mayans le mantuvo en contacto con el mundo de las letras. Pero la edición de *Epistolarum libri duodecim* de Martí (1735), publicado por Mayans con la colaboración económica del embajador británico, acabó de suscitar la envidia, o el odio, de los cortesanos que lamentaron el desprecio por la cultura oficial española del momento. Así lo demostró el ataque durísimo de Ignacio Luzán en una carta latina, publicada bajo pseudónimo, aunque todos conocían al autor.

Pues bien, ese folleto demoledor iba dirigido en primera línea contra Martí, pero, en el fondo, era Mayans, el editor de las obras del Deán, el destinatario de la censura. Era el momento del embargo de la *Censura de historias fabulosas* de Nicolás Antonio que, publicada por Mayans en 1742, con la financiación del impresor Antonio Bordazar, había sido prohibida por el Consejo de Castilla. Y don Gregorio era una presa fácil para sus enemigos de la Corte. De familia austracista, que había seguido al Archiduque a Barcelona después de la batalla de Almansa, en la ciudad condal estudió lenguas clásicas en el Colegio de Cordelles. Después de estudiar Derecho en Valencia y Salamanca, ganó la cátedra de Código en el Estudi General (1723-1733). Fueron años importantes, porque aprendió el método crítico en el campo de la historia, por consejo de Martí, pero, al mismo tiempo, descubrió el valor de los clásicos castellanos del Siglo de Oro, como demostró en las *Oraciones* en elogio de Saavedra Fajardo y en defensa de la verdadera elocuencia española.

Mayans opusó a la pavordía de Leyes del Estudi General, pero la ciudad de Valencia, ya patrona de la Universidad, prefirió a otro jurista, Arbuixech, que había redactado el informe contrario a la devolución del derecho privado que había prometido Felipe V en su visita a Valencia. Sea por tratarse de un austracista, sea por la actitud de los jesuitas a quienes había criticado por el problema de las escuelas de Gramática, que por la Concordia con la ciudad, sustraían de la jurisdicción universitaria, sea por el método interpretativo del Derecho, el hecho es que Mayans, el jurista valenciano más brillante del siglo XVIII fue suspendido en las oposiciones. Y don Gregorio no lo perdonó. Buscó, a partir de ese momento, una salida económica para abandonar Valencia: París, Viena o Madrid, eran las opciones. Al final, fue nombrado bibliotecario real de Madrid, gracias a las gestiones del cardenal Álvaro Cienfuegos, jesuita exiliado en Roma por austracista. Y, por medio del General de la Compañía, influyó en el confesor de Felipe V (el P. Guillermo Clarke, jesuita) y Mayans fue nombrado bibliotecario real el 6 de octubre de 1733.

Pero una cosa es el nombramiento en un cargo, y otra, muy distinta, la acogida dispensada. En la Real Biblioteca, si en principio encontró respeto, las circunstancias evolucionaron hacia un enfrentamiento por planteamientos literarios e históricos, en concreto respecto a la crítica de los autores más famosos e

instituciones oficiales. Dos frentes sobresalen. En el campo literario la figura de Cervantes constituyó el eje de la discordia. Nasarre (bibliotecario mayor), apoyado por Agustín Montiano (el futuro director de la Real Academia de la Historia) defendían el valor literario del Quijote de Avellaneda, mientras censuraban con dureza a Miguel de Cervantes que, a su juicio, nadie con conocimientos estéticos podía defender. En el campo de la crítica, Mayans había publicado un artículo, *Nota literaria ex Hispania* en Alemania (*Acta eruditorum* de Leipzig, sep. 1731), en que censuraba a Feijoo y la lentitud de la Real Academia de la Lengua en la elaboración del *Diccionario de autoridades*. La polémica subió de tono, cuando el *Diario de los literatos de España*, dirigido por Martínez Salafranca, con el apoyo de Nasarre y del Confesor de Felipe V, atacó, en principio, de forma dura y, después, de forma personal al valenciano, al acusarlo como antiespañol. Las circunstancias habían evolucionado hacia un enfrentamiento personal y, dadas las dificultades familiares, aconsejaron al erudito su abandono de la plaza de bibliotecario real y su retiro a la casa solariega de Oliva.

Sin afán de analizar todas las incomprendiones sufridas, baste recordar que en 1742 don Gregorio fundó la Academia Valenciana con el fin de promover la historia crítica. Y, por su parte, con la ayuda financiera de Bordazar, publicó la *Censura de historias fabulosas* de Nicolás Antonio. En general, hay un error generalizado sobre la persecución de la obra. No fue el Santo Oficio el que la prohibió, pues la rechazó por no tratar de asuntos dogmáticos. Fue el Consejo de Castilla, supremo tribunal de justicia, que, bajo la presión de su gobernador y atendiendo a las acusaciones de los canónigos del Sacromonte, decretó el embargo de la *Censura*, de las galeradas de las *Obras cronológicas* del marqués de Mondéjar y de todos los manuscritos que tenía Mayans en su casa de Oliva. En varias ocasiones he analizado estos hechos, y no voy a insistir en ellos.

Mayans consiguió que le devolvieran las obras embargadas, pero la persecución repercutió negativamente en el mundo intelectual valenciano. Don Gregorio, por supuesto, continuó trabajando, pero perdió empuje en el campo de la historia crítica al dejar de publicar algunas obras. Y la Academia Valenciana desapareció apenas creada. Algunos académicos se manifestaron sumisos al poder y abandonaron al fundador a su suerte. Es muy triste la lectura de las palabras en que el bibliófilo Vicente Ximeno solicitaba la presencia del erudito en Valencia para salvar la institución, que había perdido el norte. Otros académicos se mantuvieron firmes y se negaron a someterse a las exigencias que, desde la Real Academia de la Historia, imponía su director (Agustín Montiano) que, como es sabido, había tenido sus diferencias con Mayans con motivo del valor literario del Quijote cervantino. En plena coherencia con estos hechos, la Academia Valenciana en 1751.

Todos los intentos posteriores por recomponer las buenas relaciones con el gobierno resultaron inútiles, ni siquiera después de la muerte de Felipe V y el acceso al poder de su hijo Fernando VI. Mayans intentó acercarse a José de Carvajal, ministro de Estado, que cerró todas las posibilidades. No quiso reco-

nocer los trabajos regalistas del valenciano en colaboración con el Confesor de Felipe V (el jesuita francés Fèvre) y el Fiscal de la Cámara del Consejo (Blas Jover). Más aún, no tardó en manifestar su disgusto porque don Gregorio le había dedicado, sin permiso previo, los *Avisos del Parnaso* de Corachán, que había publicado la Academia Valenciana.

Respecto a Ensenada, el acercamiento fue más tardío. Fue el ministro quien buscó a don Gregorio, en aras a la mejora de la biografía de Cervantes para una edición de lujo del Quijote cervantino. Pero las relaciones cambiaron de objeto, y, después de la firma del concordato de España con la Santa Sede, encargó a don Gregorio la redacción de unas *Observaciones al concordato de 1753*. Lo curioso es que, una vez redactadas, habiendo conseguido las ventajas diplomáticas, ya no interesaba la posible polémica, y no permitió su edición.

Tampoco encontró mejor acogida en el confesor de Fernando VI, el jesuita Francisco Rávago. Así, cuando, con motivo de una grave enfermedad de Nasarre en 1748, los amigos de Mayans le sugirieron el nombre del valenciano como sucesor, confesó que conocía algunas obras interesantes, pero que tenía una “quexilla”. La queja consistía en las críticas publicadas contra algunos autores españoles. La constante acusación de antiespañol que acompañó siempre a don Gregorio, después que fuera lanzada por Martínez Salafranca en el *Diario de los literatos de España*.

A partir de 1754, las circunstancias políticas cambiaron. La inesperada muerte de Carvajal en el mes de abril trastocó el panorama. Ensenada pretendió que su secretario (Agustín de Ordeñana) ocupara la Secretaría de Estado. Pero el dominio absoluto del marqués era peligroso y los enemigos lograron la destitución y el destierro. En esas circunstancias, Rávago no podía continuar en el confesionario regio y en septiembre de 1755 abandonaba el cargo. Un nuevo equipo de gobierno, dominado por los manteístas accedió al poder. A partir de ese momento, se fue fraguando un cambio mental y social. Los manteístas desencadenaron una oposición clara contra los colegiales mayores, que hasta ese momento habían dominado la judicatura (Consejos y Audiencias) y contra los jesuitas que habían mantenido una evidente supremacía en el mundo de la cultura y de la enseñanza.

EL VIRAJE POLÍTICO DE LOS INTELECTUALES VALENCIANOS

Ese viraje político, con el dominio de los manteístas, no pasó desapercibido para los valencianos. A mediados de siglo, las circunstancias empezaron a cambiar. Uno de los más sonados en su momento, aunque a la larga tuvo menos consecuencias, fue la marcha de Andrés Piquer a la Corte, como médico de la familia real. Tuvo su trascendencia, por supuesto, pero él se centró en sus trabajos médicos y en la promoción académica de sus libros científicos.

Mayor trascendencia alcanzó la presencia de Pérez Bayer en la Corte. Había sido educado en la escuela tomista pero, con suma habilidad, supo

manejar a colegiales y jesuitas en su escalada académica y social. Clérigo que estudió Teología en Valencia, marchó a Salamanca donde completó sus estudios de Derecho. Pero lo importante es que fue nombrado secretario del recién designado arzobispo de Valencia, Andrés Mayoral. Y, desde su cargo, continuó las relaciones epistolares que ya había iniciado con Mayans, sobre humanismo y estudios bíblicos. Pero, con el apoyo de Mayoral, que era colegial, ganó la confianza de los jesuitas, en especial del P. Panel, preceptor de los Infantes reales en la numismática, y del confesor de Felipe V (el P. Fèvre). Con estos apoyos ganó la cátedra de hebreo del Estudi General y, al año siguiente, de la Universidad de Salamanca. No deja de constituir una sorpresa el hecho de que, en todas las diferencias que tuvo con el Claustro de la Universidad, que fueron muchas, siempre encontró el favor del Consejo de Castilla, controlado por los colegiales, y del Confesor de Felipe V.

En esas circunstancias, cuando el primer equipo gubernamental de Fernando VI, que preparaba el concordato de 1753, creó una Comisión de Archivos para atemorizar a Roma con la búsqueda de documentos favorables al Patronato Universal. Como director de la empresa fue nombrado el jesuita Andrés Marcos Burriel, pero uno de sus compañeros de investigación en el archivo de Toledo fue Pérez Bayer. El jesuita se quejaba en carta a Mayans de que Bayer no había trabajado mucho, pero éste consiguió, como premio, un canonicato en Barcelona y una beca para ampliar estudios en lenguas orientales en Roma. Y estando en la Ciudad Eterna, pudo observar el viraje político. Y no es de extrañar, porque entabló íntima amistad con Manuel de Roda, encargado de negocios y después embajador ante la Santa Sede. Y, antes de regresar a España, decidió jugar la baza política del futuro Carlos III, entonces rey de Nápoles, donde marchó a visitarlo. Bayer fue afortunado, pues ganó el favor de Carlos para siempre.

Con su regreso a España, como canónigo de Toledo, se vio claro que Bayer era el referente de los manteístas. Y si su candidatura a director de la Real Biblioteca en 1762 fracasó, por la negativa de Juan de Santander a aceptar un obispado, en 1767, después de la expulsión de los jesuitas, fue nombrado preceptor de los Infantes reales. Él no se consideraba destinado a enseñar latines a los pequeños hijos del monarca, sino el encargado de dirigir la enseñanza en España. Tres frentes escogió con preferencia: los Reales Estudios de san Isidro en Madrid; los Colegios Mayores de Salamanca, Valladolid y Alcalá; y la Universidad de Valencia.

Para alcanzar esos fines, necesitaba de un equipo de colaboradores fieles a sus ideas. Y, parece lógico, buscó a los valencianos de su escuela. Con ellos formó un grupo de amigos que, siguiendo sus ideas y directrices, controlaron amplios aspectos de la cultura hispana: obispos (Felipe Bertrán en Salamanca, José Climent en Barcelona, José Tormo en Orihuela y Rafael Magí en Guadix), canónigos de Valencia (desde su hermano a familiares como Segarra a quien nombró, además, director del Colegio de san Pablo antes dirigido por los jesuitas) y, sobre todo, de un grupo más selecto que permanecieron en Madrid,

como Juan Batista Muñoz, el creador del Archivo de Indias, y Vicente Blasco quien, después de ayudarle en la preceptoría de los Infantes reales, fue nombrado canónigo de Valencia y Rector de la Universidad.

Tanto poder suscitó la oposición a los llamados *turianos*. Esto explica las diferencias entre Roda, el amigo de Bayer, y Campomanes por el control de la dirección de los Reales Estudios de san Isidro, y el nombramiento de Muñoz para la creación del Archivo de Indias y para responder a la *Historia de América* de Robertson que había pensado traducir Campomanes como director de la Real Academia de la Historia. Conviene tener en cuenta que Cavanilles, por la amistad con Blasco, se vio sumergido en el grupo de valencianos del entorno de Pérez Bayer.

LAS APOLOGÍAS DE LA CULTURA VALENCIANA

Paralelamente a estos movimientos políticos tiene lugar una pasmosa actividad en el conocimiento y defensa de las aportaciones culturales de los valencianos. Conviene plantear las cosas en el marco cronológico adecuado. Las primeras apologías vinieron de parte de los novatores. La lectura de la *Praefatio* de Nicolás Antonio a su *Bibliotheca Hispana* (Roma, 1672) constituye un monumento apologético a la historia española. Si queremos, preferentemente en el campo de la cultura, pero no conviene olvidar que el famoso bibliófilo defiende tanto la cultura de los *hispani* del Imperio Romano a los Santos Padres visigodos, la cultura de los judíos y de los musulmanes de la Edad Media, o la colonización americana. En el fondo, es el canto a las aportaciones españolas a la cultura universal, en la que adquiere verdadero sentido la erudición pasmosa que demostró Nicolás Antonio.

Pues bien, esa obra, objeto de elogio de españoles y de extranjeros, se convirtió en un modelo para los historiadores de la cultura que pretendieran exponer las aportaciones de los escritores, nacionales o locales. También en Valencia se intentó imitar el ejemplo de Nicolás Antonio. El primero fue el religioso trinitario José Rodríguez en su *Bibliotheca valentina*, escrita en 1703, pero que sólo vio la luz pública en 1747. De hecho, hay que juzgarla como escrita a principios de siglo, pero el autor no deja de confesar que su modelo es la obra de Nicolás Antonio. La originalidad de Rodríguez no es muy grande, pero es menester confesar que fue el primero en preocuparse de reunir los datos conocidos sobre los escritores valencianos. La correspondencia cruzada entre el autor y el marqués de Villatorcas, en cuyo palacio se reunían los novatores, resulta clarificadora. Rodríguez se valió fundamentalmente de la biblioteca del aristócrata para la redacción de su *Bibliotheca*, pero también de los consejos de Villatorcas, como pienso demostrar en el momento que tenga unas semanas de tranquilidad para abordar el tema, como espero conseguir algún día. No es menester advertir que los autores más críticos, como el deán Martí, despreció de manera sarcástica la obra de Rodríguez.

Apenas publicada la obra de Rodríguez, un beneficiado de la catedral de Valencia, Vicente Ximeno se propuso ampliar los datos. Los inicios no eran muy prometedores. Pero en un momento, el autor, que no tenía mucha seguridad en sus conocimientos, se atrevió a solicitar ayuda intelectual a los Mayans. Y, por medio de Juan Antonio, el hermano del erudito, le fueron proporcionando noticias que el bibliófilo agradecía con sinceridad. Hasta el título de *Escritores del reyno de Valencia* le fue sugerido por el erudito. Baste un ejemplo para observar el alcance de las noticias literarias aportadas por los Mayans. Don Gregorio había comprado los manuscritos de Juan Bautista Corachán a la muerte del conocido matemático. Pues bien, en la relación aparecida en Ximeno se puede leer una descripción minuciosa de los manuscritos conservados en la biblioteca mayansiana. Y el lector atento pudo observar las numerosas veces que el autor alude al hecho de que la obra, o el manuscrito citado, se encuentra en la B. M. (Biblioteca Mayansiana).

Menos conocida es la colaboración de Juan Antonio Mayans con Cerdá y Rico, otro ilustrado valenciano que realizó una clara apología de los escritores valencianos. Lo que ocurre es que aparece de manera más sutil. En 1778 aparecía en Madrid un libro con el título siguiente: *La Diana enamorada. Cinco libros que prosiguen los VII de Jorge de Montemayor. Por Gaspar Gil Polo. Nueva impresión con notas al Canto del Turia*, edición preparada por Cerdá y Rico con un amplio prólogo del editor. Pues bien, en esas notas aparece el progreso de la erudición entre los valencianos posterior a 1749, en que se editó el segundo volumen de *Escritores del reyno de Valencia*. Sólo la correspondencia cruzada entre los hermanos Mayans y Cerdá y Rico permite seguir el proceso de redacción y el alcance de esas *notas*, que hoy puede seguirse paso a paso por la edición preparada en el *Epistolario* mayansiano⁴.

Todas estas apologías seguían un ritmo sereno y tranquilo. Pero en 1782, apareció en la *Enciclopedia metódica* un artículo de Masson de Morvilliers, que bajo el título de *Espagne*, censuraba no sólo la decadencia cultural del momento, sino toda nuestra historia. Las reacciones no se hicieron esperar. Y Cavanilles, que residía en París como preceptor de los hijos del duque del Infantado, se consideró obligado a responder. De hecho, lo hizo con rapidez. Como no era historiador, buscó información de sus amigos: Juan Bautista Muñoz, Juan Antonio Mayans, Viera y Clavijo, Trigueros, Antonio Ponz, Cerdá y Rico, y publicó *Observations de M. l'Abbé Cavanilles sur l'article Espagne de la Nouvelle Encyclopédie* (París, 1784). La obra estaba destinada a dar una información sucinta de la historia cultural española para conocimiento de los franceses, que ignoraban por completo, o querían ignorar, nuestras aportaciones. Así lo confiesa el mismo Cavanilles: “me he propuesto demostrar aquí el montón de dis-

⁴ G. MAYANS Y SISCAR, *Epistolario XVII, Cartas literarias. Correspondencia de los hermanos Mayans con los hermanos Andrés, Cerdá y Rico, Juan Bta. Muñoz y Vega Sentmenat*, edición preparada por A. Alemany Peiró, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 2000.

parates y falsedades que acumulan, en lo que tengo yo mucho trabajado, pero para que salga con perfección le he de deber a Vm. me suministre sin pérdida de tiempo el nombre de los que se distinguen en la ciencia, sus producciones y méritos”⁵.

Sin tratarse de una obra original y extraordinaria en el campo de la erudición encontró buena acogida entre los políticos. Bien recibida por el conde de Aranda, embajador español en París en ese momento, encontró el apoyo del todopoderoso ministro conde de Floridablanca y fue traducida al castellano y editada en Madrid el mismo año, con el título de *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia. Escritas en francés por el doctor D. Antonio José Cavanilles, y traducidas al castellano por D. Mariano Rivera* (Madrid, Imprenta Real, 1784). El libro alcanzó cierta resonancia. Porque, de hecho, en la obra aparecían muchos de los autores más importantes de nuestra cultura, antiguos y coetáneos. Juan Antonio Mayans recibió la felicitación de los amigos por los elogios tributados a don Gregorio, a lo que el canónigo respondía que, de haber estado en Madrid, los favorecedores del botánico –los valencianos émulos del erudito– no le hubieran permitido publicar semejantes alabanzas. La crítica iba dirigida evidentemente contra el grupo de Pérez Bayer, que procuraban obstaculizar los proyectos reformistas de don Gregorio. Sin embargo, el canónigo Mayans le ofreció cuantas noticias necesitara el botánico si deseaba ampliar sus noticias sobre la cultura hispana. No voy a entrar en el análisis de las relaciones de Cavanilles con los españoles, desde Juan Bautista Muñoz a su compañero en la docencia parisina (Viera y Clavijo). Me limito a aludir al problema de las apologías de España, suscitadas por el artículo de Masson de Morvilliers.

El mismo Cavanilles envió su libro al abate Juan Andrés, el jesuita exiliado en Italia y que acababa de publicar el volumen primer de su *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura*. Y Andrés, espléndido conocedor de la literatura universal, y amante de nuestro pasado, respondió con sinceridad. Le gustaron las *Observaciones*, escritas con el buen estilo francés, pero también con la ligereza de nuestros vecinos. Pero el jesuita no dudó en señalarle algunas deficiencias. Dado que Francia es una nación “generalmente sobrado despreciadora de las otras”, está seguro, decía Andrés, que la obra producirá el deseado efecto (23-VIII-1784). Pero no deja de confesar que Cavanilles hubiera podido ampliar la nómina de autores que merecían elogios. “Bayer y Flórez merecen mayor elogio. Feijoo no se nombra y podía hacer una óptima figura, especialmente escogiendo algunos puntos... ¿Y Sarmiento? ¿Y Burriel?”. Por cierto, Andrés no puede menos de recordar al botánico que, si bien ha utilizado su obra sobre el *Origen, progresos...*, sin embargo, podrían haberse valido de otras noticias. Y recordaba, por ejemplo, las fábricas de papel de Xàtiva en

⁵ Cavanilles a Viera y Clavijo, 6-I-1784.

el siglo XIII. Precisamente ese era un tema estudiado en la correspondencia entre Mayans y Meerman, en la que el erudito de Oliva demostraba que el origen del papel había tenido lugar en Valencia, concretamente en Xàtiva. Por cierto, ese trabajo obtuvo el premio concedido por la Universidad de Gottinga, y había sido publicado por Meerman en La Haya, en 1767. Y añadía más juicios. No le gustaba el calificativo que daba a Mayans, como “el Plutarco español”, aunque podía haberlo elogiado más, así como debía haber dado más noticias sobre Bayer, Campomanes, Corachán o las Academias de Sevilla y de Barcelona, y hubiera podido utilizar muchas noticias que daba Mayans en su *Specimen bibliothecae hispano-maiansianae*, publicada en Hannover en 1753.

Ahora bien, me interesa señalar que Cavanilles no siguió la línea apologética suscitada en España por el artículo de Masson de Morvilliers. Porque el gobierno español, presidido por Floridablanca, aprovechó la ocasión para desencadenar una serie de apologías. La más conocida de todas, y la que marcó el prototipo, fue la de Forner que, premiada, apareció con el título de *Ora - ción apologética por España y su mérito literario* (1786). Claro que tan exagerada apología no podía menos de provocar respuestas críticas, si bien la más conocida y ácida fue la de García de Cañuelo, en *El censor*, cuyo título es muy expresivo: *Apología por África y su mérito literario*.

Entre los valencianos nadie tomó una postura tan exageradamente apologética. El más favorable, en líneas generales, fue Sempere Guarinos que, residente en la Corte, redactó una obra de gran valor testimonial y que, en el fondo, constituía una apología del progreso cultural español a lo largo del XVIII, aunque él lo centraba en el reinado de Carlos III, con el título de *Ensayo de una biblioteca de los mejores escritores españoles del reinado de Carlos III* (1785-1789).

Pero la mayoría de nuestros hombres de letras manifestaron un juicio muy concreto sobre las posibles apologías de España o de la cultura española. Vimos el criterio de Mayans expuesto en la carta al P. Rávago. Pues bien, todos los valencianos, de cualquier tendencia intelectual o grupo político, tomaron la misma actitud. Me serviré de unas palabras de Pérez Bayer, un protegido y mimado por Carlos III, y de un texto de Andrés, un jesuita exiliado por el monarca.

El 26 de agosto de 1784 escribía Pérez Bayer al obispo portugués Manuel do Cenáculo Villasboas, estas duras palabras: “Tengo estas apologías por inútiles. Si es cierto que en España siglo y medio ha, o muy cerca, esto es, desde por los años 1640, que somos bolonios. Si se saben las causas, el principio, el aumento, progresos y estado de nuestra bolonería, ¿a qué gastar tiempo y papel en esas defensas? Mejor es confesar de plano nuestra desgracia y cada uno por nuestra parte enmendarnos”⁶.

⁶ Texto en A. MESTRE, *Influjo europeo y herencia hispánica. Mayans y la ilustración valenciana*, Valencia, Ayuntamiento de Oliva, 1987, p. 449.

Andrés también incidía en el mismo sentido. Hablando de los elogios que había hecho el Dr. Piquer del progreso de filosofía en España, el jesuita exiliado comentaba a Cavanilles: “Ni V. ni yo creeremos lo que dice Piquer en su carta, que la España en materias de nueva filosofía podía ya entonces competir con cualquier otra nación; y yo pienso que V. tampoco creía que muchos elogios que daba en su libro convinieran realmente a los sujetos loados; los elogios excesivos hacen más mal que bien y hacen que no se crean los justos y verdaderos” (14-XII-1784). Sin embargo, como vimos, creía que hubiera podido alabar con más extensión y calor a varios autores. No se trataba de exaltar lo que carecía de mérito, sino alabar aquello que merecía ser conocido y exaltado. Y aquí es donde aparece con claridad el verdadero modo de hacer apologías: la obra perfecta en el campo de las letras o de las ciencias. Respecto a las ciencias, los estudios de Botánica de Cavanilles son la mejor apología: “Doy a V. mil gracias y norabuenas por su disertación botánica; la he leído luego y la he leído con mucho gusto, admirando la sutileza de su ingenio”. Era, en el fondo, la mejor apología: “Me he complacido también muchísimo de que haya V. procurado hacer honor a nuestra nación, dando a sus plantas los nombres de los nuestros que mejor las han conocido; ésta es una apología indirecta de nuestra nación, y si V. lo pudiera hacer con más extensión en esta clase y otros igualmente en otras, no necesitaríamos de otras apologías” (15-VI-1786).

A juicio del abate Andrés, la obra botánica de Cavanilles constituía la mejor apología de la cultura española. Y en un juicio más amplio, extendía su opinión a varios valencianos de su tiempo. El 28 de octubre de 1793, escribía con cierto orgullo de valenciano ausente de su patria: “Aunque a tantas leguas de distancia de nuestra nación desaparecen las pequeñas divisiones corográficas y toda España es patria, no deja con todo de presentármese con particular afecto nuestro reino de Valencia, y de serme de gran consuelo el ver salir de los valencianos las obras que hacen honor a los españoles. V., el Sr. Bayer, los Císcares, Muñoz, Cerdá y varios otros hacen ver cuán presto mudaría la Europa del concepto de la literatura española, si todas las provincias de España produjeran sujetos semejantes”

Tres años después, Andrés continuaba con su idea. Es bien sabido que el jesuita se había convertido en una de las figuras intelectuales del momento, y recibía visitas de españoles como Moratín, pero también de alemanes que viajaban a Italia. En este sentido, sus palabras constituyen el mayor elogio de la Ilustración valenciana: “Dos cosas puedo asegurar a V. 1ª, que entre tantos centenares de personas, con quienes he hecho esta función, apenas he hallado 10 ó 12 a quienes no viniera nuevo cuanto veían. 2ª, que una de las obras que más juego me hacen es la de *Icones*, así como lo será ahora cuanto llegue de la descripción del reino de Valencia. Otra reflexión quiero hacer a V., porque es gloriosa a nuestro reino, que si todos los otros tuvieran sus Jorge Juan, sus Mayans, sus Bayeres, sus Císcares y sus Cavanilles, ¿qué nombre no se haría de nuestra nación?” (15-II-1796).

Hago más las reflexiones de Juan Andrés. Y añado otra. ¿Qué mal sabemos vender nuestros valores? Ni siquiera los ilustrados, que descubrieron

nuestro pasado cultural y crearon el movimiento más importante de renovación intelectual y política, desde la Ilustración a las Cortes de Cádiz y los orígenes del liberalismo, han merecido un reconocimiento público de nuestros historiadores de la cultura anclados en los mitos. Conviene que, respetando otros valores literarios, como los escritores del siglo XV, a cuyo descubrimiento contribuyeron los ilustrados, reconozcamos el mérito de los eruditos y sus esfuerzos de renovación cultural y política. En el fondo, nos hemos contagiado de la visión centralista de la cultura. En la primera mitad del XVIII porque nuestros grandes hombres de letras eran austracistas. En la segunda mitad porque, desde el entorno del poder central, controlaban la cultura.

Confieso que también los ilustrados, por ese rigor crítico, contribuyeron a esa ausencia en los elogios respecto a su valor. El mismo Cavanilles, de quien hablamos, se contagió de la visión crítica y abandonó cualquier postura apologética. Quizás contribuyera a aumentar esa postura, de hacer y no decir, además del ambiente a que he aludido, la actitud de su amigo Juan Bautista Muñoz que, encargado de responder a la *Historia de América* de Robertson, prefirió crear el Archivo de Indias antes que responder al historiador británico. He aquí las palabras de nuestro botánico en carta a su amigo Viera y Clavijo, cuando observó la fiebre de las apologías: “Ahora espero con ansia el que se publiquen las apologías que debe premiar la Academia Española, porque en fin algo aprenderemos. Pero empiezo a compadecerme de los pobres autores que serán censurados, mordidos y perseguidos, aunque hagan primores; bien que el mejor modo de hacer apologías sería publicar obras de mérito y talento” (30-I-1785).

Creo que quedan claras las razones que explican el hecho de que Cavanilles, que hizo la primera apología de España, dejara el campo de las justificaciones externas y realizara la portentosa labor en el campo de la Botánica. Pero, dadas las circunstancias en que sólo cuenta lo que se vende, los ilustrados valencianos perdieron la campaña de la propaganda. Tampoco les ayudó la política. Porque, de hecho, fueron premiados y agasajados los ilustrados fieles y sumisos al poder absoluto. En esta línea estuvieron Pérez Bayer o Jorge Juan. Los críticos, como Martí o Mayans, fueron marginados. Y los rebeldes, como los jesuitas y, entre ellos el P. Juan Andrés, fueron expulsados. Lo que hubiera podido ser un movimiento cultural arrollador, quedó anulado. A partir de entonces, el carácter cultural de Valencia, se hizo provinciano.